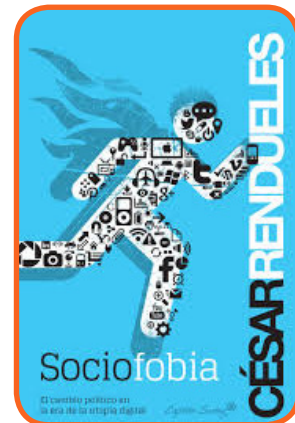


**Sociofobia.
El cambio político en la era de la utopía digital**

César Rendueles
Madrid: Capitán Swing, 2013
196 páginas

Guillermo López García
Guillermo.lopez@uv.es
Universitat de València



César Rendueles es profesor de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Desde hace años escribe en su blog *Espejismos Digitales* sobre las cuestiones que le preocupan, y que —tanto en el blog como en este libro— tienen bastante que ver con las nuevas tecnologías y su pretendido poder emancipador. El libro que analizamos aquí es un ensayo con vocación divulgativa, excelentemente bien hilado y plagado de sugestivas reflexiones e ideas que el autor va deslizando en el texto.

Este influyente ensayo, *Sociofobia*, se centra en explicar las limitaciones, incluso cabría decir la impostura, de las tecnologías como pretendido vehículo para el cambio social. Las tecnologías, explica Rendueles, no son un factor determinante para propiciar el cambio. Bien al contrario, las tecnologías llevan a buena parte del público a una inacción satisfecha, centrada en el individualismo y la búsqueda de la felicidad a través del consumo. Los vínculos sociales existentes son cada vez más débiles e instrumentales, es decir: centrados en la obtención de algún tipo de beneficio inmediato. Es una sociedad articulada en redes, pero es también una sociedad muy solitaria.

Es una sociedad, por último, poco afín a la consecución de cambios sociales. Dichos cambios, para al menos poder plantearse, requieren tiempo, compromiso, y grandes dosis de altruismo por parte de aquellos dispuestos a involucrarse. Condiciones que no se dan en los débiles lazos tendidos a través de Internet y las redes sociales, en la mayoría de los casos centrados en la satisfacción de necesidades específicas del usuario de Internet, y en muy pocas ocasiones articuladas (articuladas de forma consistente y continuada) para alcanzar objetivos mediante la cooperación:

Hay una gran cantidad de sociabilidad en Internet, pero resulta inservible para los cuidados. Nuestras familias y nuestros amigos, incluso nuestros vecinos, son lentos y fastidiosos, pero persistentes y fiables. Exactamente lo contrario que el entorno digital. Internet sirve para intercambiar series de televisión, pero no cuidados. La fantasía de que lo primero es tan importante como lo segundo es muy propia de personas que han prolongado patológicamente su adolescencia y creen que los juegos en red son experiencias intelectuales y sociales satisfactorias. Si alguna lección deberíamos haber aprendido del capitalismo es que la alienación y la insolidaridad son perfectamente

congruentes con estándares altos de nivel de vida y de educación (2013: 148).

No es que Rendueles ignore las posibilidades que ofrece Internet para estructurarse comunitariamente; pero quiere alejarse de cualquier fascinación, de cualquier forma de determinismo tecnológico, en su evaluación (de hecho, una crítica que podría aflorar al respecto es que se percibe, por parte del autor, cierta "Tecnofobia"). Y eso le lleva a definir el paradigma de la sociedad red como una combinación de sociofobia (es decir, individualismo y renuencia a involucrarse con la comunidad) y ciberfetichismo, o la idea de que la tecnología no sólo es intrínsecamente positiva, sino que posee un poder casi demiúrgico para remodelar la sociedad (en sentido positivo, se entiende):

El ciberfetichismo y la sociofobia son las fases terminales de una profunda degeneración en la forma de entender la sociabilidad que afecta decisivamente a nuestra comprensión de la política. Creemos que podemos satisfacer nuestra necesidad natural de contar con otras personas, no sólo para sobrevivir sino en la configuración de nuestra identidad, mediante relaciones granulares y limitadas. Somos mucho más dependientes de los demás que, por ejemplo, los miembros de una banda de cazadores-recolectores, pero nos encanta imaginarnos como seres autónomos que picotean caprichosamente en la oferta de sociabilidad. El origen de esta mutación es, por supuesto, anterior a las redes digitales. De hecho, si la ideología internetcentrista ha tenido tan rápido desarrollo es porque engrana con una dinámica social precedente. El fundamento de la postpolítica es el consumismo, la imbricación profunda de nuestra comprensión de la realidad y la mercantilización generalizada (2013: 176).

Rendueles inscribe este proceso en un marco más amplio, caracterizado por la crisis del capitalismo, que provoca la precariedad y la pobreza de más y más ciudadanos, pero también por la crisis de sus alternativas, y muy particularmente la izquierda clásica, incapaz de reformularse y adaptar su discurso y sus propuestas, de hacerlas atractivas y cercanas para una ciudadanía que a veces percibe las costuras del sistema social en el que vive, pero a menudo se deja arrastrar por las dinámicas cortoplacistas del consumismo y la ilusión de riqueza basada en la posesión de determinadas propiedades (combinada con la asunción de modelos de vida aberrantes, totalmente centrados en la explotación laboral).

Esta ilusión de riqueza es también una ilusión de libertad y de felicidad, entendidas ambas en un sentido individualista, que ignora las desigualdades y la mayoría de los problemas que acucian a la sociedad en la que (esté o no esté conectado a Internet) vive el individuo. El potencial emancipador de la Red posiblemente esté ahí, pero en la inmensa mayoría de los casos se queda en una mera potencialidad. El público no accede a Internet para propiciar debates políticos con vocación de alcanzar un consenso, al modo habermasiano. La gestión de la libertad que ejercen los ciudadanos digitales tiene muchas más sombras que luces: "Tal vez Internet sea la realización misma de la esfera pública, pero entonces tendremos que aceptar que el objetivo de la sociedad civil es el porno casero y los vídeos de gatos. No es anecdótico. Las pruebas empíricas sugieren sistemáticamente que Internet limita la cooperación y la crítica política, no la impulsa" (2013: 53).

Como conclusión, Rendueles propone profundizar en un modelo cooperativo,

auténticamente social, de toma de decisiones; una esfera pública que no venga ordenada según la selección individual de preferencias en cada momento, sino por la búsqueda de objetivos comunes alcanzados mediante la cooperación ciudadana. Un modelo que nos recuerda a la contraposición que hacía Víctor Sampedro (2000) entre dos modelos de opinión pública: la opinión pública agregada, expresada en los medios de comunicación convencionales y en las encuestas de opinión; y la opinión pública discursiva, establecida normalmente desde posiciones menos centrales, en la periferia de la esfera pública, a través del diálogo intersubjetivo (un modelo, en definitiva, de raíz habermasiana).